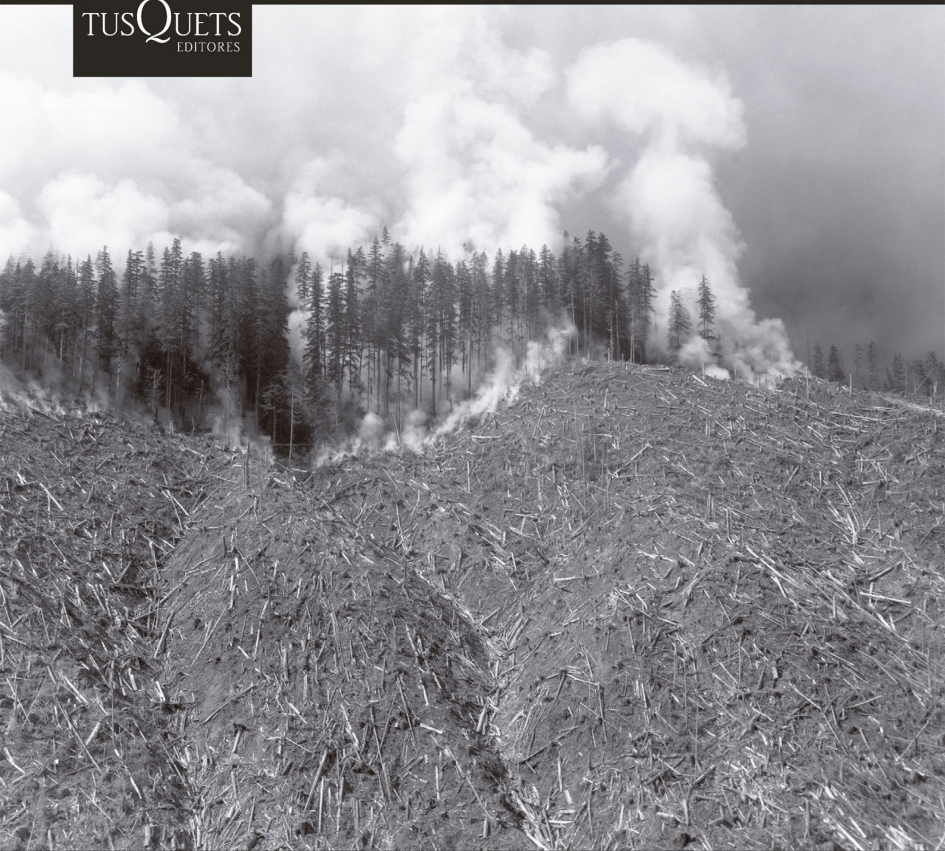


MAXI  
TUSQUETS  
EDITORES



# THOMAS PYNCHON

Vineland

THOMAS PYNCHON  
VINELAND

Traducción de Manuel Sáenz de Heredia

M A X I  
TUSQUETS  
EDITORES

Una mañana de verano de 1984, más tarde de lo habitual, Zoyd Wheeler se despertó flotando entre rayos de sol que atravesaban una higuera trepadora colgada de la ventana, mientras un escuadrón de arrendajos azules caminaba ruidosamente sobre el tejado. En su sueño, los arrendajos eran palomas mensajeras de algún lugar lejano, allende el océano, que aterrizaban y despegaban de nuevo una por una, todas ellas con un mensaje para él y una vibración de luz en las alas, pero no podía alcanzar a tiempo a ninguna. Comprendió que era otro poderoso empujón de fuerzas invisibles, relacionado, casi con seguridad, con la carta que había llegado con su último cheque por discapacitado mental, recordándole que si no hacía alguna locura en público antes de una fecha para la que ya faltaba menos de una semana, perdería el derecho a percibir prestaciones. Se levantó de la cama gimiendo. En algún lugar indeterminado, al pie de la colina, se afanaban martillos y sierras, y en la radio de algún camión sonaba música popular americana. A Zoyd se le habían acabado los pitillos.

En la mesa de la cocina, al lado de la caja de Choco-Drácula, que resultó estar vacía, encontró una nota de Prairie. «Papá, me han vuelto a cambiar el turno, así

que me fui con Thapsia. Tienes una llamada del Canal 86, dijeron que urgente, les dije que trataran ellos de despertarte. De todas formas te quiero, Prairie.»

—Me temo que tendrán que ser Froot Loops otra vez —murmuró, hablando a la nota. Con suficiente Nesquick encima no eran tan malos, y varios ceniceros rindieron media docena de colillas fumables. Después de demorarse cuanto pudo en el cuarto de baño, se decidió finalmente a localizar el teléfono y llamar a la emisora local de televisión para recitarles el comunicado de prensa de ese año. Pero «será mejor que pregunte, señor Wheeler. Nos dicen que le han cambiado la hora».

—¿Preguntar a quién, el que lo hace soy yo, no?

—Nos han dicho que vayamos todos al Cucumber Lounge.

—Pues yo no pienso ir, estaré en el Log Jam de Del Norte. —¿Qué demonio les pasaba? Zoyd llevaba semanas planeando el asunto.

Desmond estaba fuera, en el porche, merodeando alrededor de su plato, siempre vacío por culpa de los arrendajos azules que bajaban chillando de las secuoyas y se llevaban la comida, pedazo a pedazo. Al poco tiempo, la dieta de comida de perro había empezado a influir en la actitud de los pájaros, algunos de los cuales llegaban a perseguir coches y camionetas durante millas por la carretera, mordiendo a todo el que no les gustaba. Cuando Zoyd salió, Desmond lo miró con ojos inquisitivos.

—Olvídame —dijo Zoyd, señalando con un movimiento de cabeza las migas de chocolate en el morro del perro—. Sé que ella te ha dado de comer, Desmond, y también *lo que* te ha dado.

Desmond lo siguió hasta el montón de leña, moviendo el rabo para demostrar que no le guardaba rencor, y contempló a Zoyd mientras éste echaba marcha atrás por la calleja y finalmente giraba para incorporarse al día que tenía por delante.

Zoyd se encaminó al Centro Comercial de Vineland y pasó un rato dando vueltas por el aparcamiento, fumando medio canuto que había encontrado en un bolsillo, antes de aparcar el cacharro y entrar en Más es Menos, un almacén de rebajas para mujeres de talla grande, donde compró un vestido de fiesta estampado en colores que destacarían bien en la televisión, pagó con un cheque con respecto al cual compartía con la vendedora la corazonada de que acabaría pegado con cinta transparente, por falta de fondos, a esa misma caja registradora, y se dirigió al servicio de caballeros de la gasolinera Breez-Thru, donde se calzó el vestido y con un pequeño cepillo de pelo trató de dibujarse en la cabeza y el rostro una expresión que confiaba les pareciera suficientemente enloquecida a los muchachos de Salud Mental. De vuelta al surtidor echó cinco dólares de gasolina, subió al asiento trasero, sacó un cuarto de galón de aceite de la caja que guardaba allí, buscó el pitorro, lo clavó en la lata y echó en el motor casi todo el aceite, reservando una pequeña parte para mezclarla en la lata con un poco de gasolina, que a continuación echó en el depósito de una pequeña y elegante motosierra con aspecto de producto de importación y tamaño aproximado de una Mini-Mac, que después guardó en una bolsa playera de lona. Slide, una amiga de Prairie, salió distraídamente de la oficina para ver qué pasaba por ahí.

—Oh, oh, ¿ya te toca otra vez?

—Este año se me ha echado encima, me horroriza pensar que me estoy haciendo demasiado viejo para estas cosas.

—Sé lo que sientes —asintió Slide.

—Tienes quince años, Slide.

—Y lo he visto todo. ¿En qué ventana piensas hacerlo este año?

—En la de nadie. Paso de todo eso, saltar por las ventanas es cosa de otros tiempos, este año voy a limitarme a llevar esta motosierra al Log Jam a ver qué pasa.

—Mmmm, tal vez no puedas, Wheeler, ¿has estado ahí últimamente?

—Oh, ya sé que hay algunos tipos pesados, matasietes, pasan todo el día librándose por los pelos de morir por caída de árbol, sin demasiada paciencia con nada que se salga de lo común, pero cuento con el elemento sorpresa, ¿verdad?

—Te vas a enterar —le aconsejó Slide, cansina.

Desde luego que sí, pero sólo después de pasar en la 101 más tiempo del que podía soportar su ya frágil sentido del humor, debido a una caravana de grandes camiones-vivienda de otro estado en visita perezosa de las secuoyas, entre los cuales, en los trechos de dos direcciones, tenía que reducir marcha y soportar mucha atención, no toda ella amistosa.

—¡Tampoco es para tanto! —gritó, por encima del ruido del motor—. ¡Eh, es una original Calvin Klein!

—Calvin no corta nada mayor del 14 —le gritó por la ventana una niña más joven que su hija—, y tú tendrías que estar encerrado.

Cuando llegó al Log Jam ya era bien entrada la hora de comer, y le decepcionó no ver a nadie de los medios de comunicación, sólo un montón de maquina-

ria de primera aparcada en el solar, a su vez recientemente pavimentado en negro. Serían las primeras de una serie de penosas actualizaciones. Tratando de concebir pensamientos optimistas, como suponer que los equipos de televisión simplemente se habían retrasado, Zoyd cogió la bolsa de la motosierra, comprobó una vez más el estado de su cabellera y entró como una exhalación en el Log Jam, donde inmediatamente se percató de que todo, desde la comida hasta la clientela, olía distinto.

Uh, oh. ¿No debía haber por aquí un bar de leñadores? Todo el mundo sabía que era una época dorada para los muchachos de los bosques —aunque no para los de las serrerías, dado que los japoneses compraban troncos sin elaborar tan deprisa como se despejaba el bosque—, pero aun así la escena que se desarrollaba ante sus ojos era extraña. Hombres peligrosos, de actitud endurecida, especialmente con respecto a la muerte, se sentaban airosos en taburetes de diseño, sorbiendo combinados de kiwi. El tocadiscos automático que antaño fuera famoso en cientos de salidas de autopista de toda la costa por su gigantesca colección de *country-and-western*, incluida media docena de versiones de *So Lonesome I Could Cry*, había sido reformado para emitir canción clásica ligera y música *new age* que se asomaban dulcemente a los bordes de lo audible, serenando y arrullando aquella habitación llena de hacheros y mecánicos que ahora tenían todos el aspecto de modelos de anuncios para el Día del Padre. Uno de los más grandes, entre los primeros en percatarse de la presencia de Zoyd, decidió hacerse cargo de la situación. Llevaba gafas de sol de montura elegante, una camisa Turnbull y Asser en cuadros pastel, vaqueros de un

precio de tres dígitos de Madame Gris y zapatos *après-talada* de ante azul desvaído pero indiscutible.

—Hola buenas tardes hermosa señorita y qué buen aspecto tiene, estoy seguro de que en otras circunstancias y atmósfera a todos nos gustaría conocerla como persona con sus muchas virtudes y tal, pero de su modelo deduzco que es persona de tipo sensible que apreciará el problema que aquí tenemos en términos de vibraciones orientativas, ya me entiende...

Zoyd, que ya estaba más que confuso y cuyo instinto de supervivencia tal vez no funcionaba a la altura de lo previsto, decidió sacar la motosierra de la bolsa.

—Buster —dijo en voz alta y quejumbrosa al dueño, situado detrás de la barra—, ¿dónde están los media? —El aparato suscitó la atención inmediata, no toda ella debida a curiosidad técnica, de la totalidad de los presentes en la habitación. Era una motosierra de señora hecha a medida, «suficientemente fuerte para cortar leña», según los anuncios, «pero lo bastante *petite* para caber en un bolso». El sable, las asas y el bastidor estaban revestidos de genuina madreperla, y en el sable, escrito en diamantes falsos y rodeado de dientes de sierra listos para zumbar, se leía el nombre de la joven que se la había prestado, CFIERYL, que los mirones tomaron por el nombre artístico de Zoyd.

—Tranquila, vaquerita, no pasa nada —dijo el leñador, dando un paso atrás mientras Zoyd, esperando hacerlo recatadamente, tiraba de una cuerda de seda fija a un delicado pasador de arranque, y la motosierra femenina de mango de perla se ponía en marcha.

—Oye qué meloso ronroneo.

—Zoyd, ¿qué demonios haces aquí, tan arriba?

—dijo Buster, decidiendo que había llegado la hora de intervenir—. Ningún canal va a mandar un equipo tan lejos del pueblo, ¿por qué no estás abajo, en Eureka o Arcata o un sitio así?

El leñador lo miró fijamente: —¿Conoces a esta persona?

—Tocamos juntos en la Conferencia de los Seis Ríos —dijo Buster, todo sonrisas—, vaya días aquellos, ¿eh, Zoyd?

—No oigo nada —gritó Zoyd, tratando de presentar un aspecto peligroso que se desvanecía rápidamente. Desaceleró de mala gana la bonita sierra nacarada, primero hasta alcanzar un tono bajo y femenino y después hasta silenciarla—. Veo que has redecorado —mientras aún resonaba.

—Si hubierais venido el mes pasado, tú y esa sierrita, nos podríais haber ayudado a destripar el local.

—Lo siento, Buster, veo que me he equivocado de bar, desde luego no puedo serrar nada de esto, no con el dinero que has debido meter... La única razón de que esté aquí es que el aburguesamiento de South Spooner, Two Street y otros locales bullangueros más familiares los ha puesto fuera de mi alcance, ahora son muchachos de esos a los que les gusta demandarte, y por un montón de pavos, con abogados de postín de la misma ciudad, especialistas en inversiones, como se me ocurra limpiarme la nariz en una de sus servilletas de diseño la he cagado para siempre.

—Bueno, tampoco nosotros somos ya de renta tan limitada como nos recuerda la gente, de hecho desde que George Lucas y todo su equipo pasaron por aquí ha habido un verdadero cambio de sensibilidad.

—Sí, ya me he dado cuenta... Oye, te importa po-

nerme una cervecita, sólo tamaño señora... ¿Sabes que todavía no he visto esa película?

Hablaban de *El retorno del Jedi* (1983), partes de la cual se habían filmado en la zona y, en opinión de Buster, la habían cambiado para siempre. Apoyó los enormes codos en el único objeto que prácticamente no había cambiado, la barra original, tallada a principios de siglo sobre un enorme tronco de secuoya.

—Pero en el fondo seguimos siendo muchachotes del país.

—Por el aspecto de tu aparcamiento, el país debe ser Alemania.

—Tú y yo, Zoyd, somos como el Patagón. El tiempo pasa, nunca cambiamos, en fin, tú no eres luchador de bar, comprendo la sed de nuevas experiencias, pero es mejor que cada cual se atenga a su especialidad, y la tuya es básicamente la transfenestración.

—Mmm, sí, se nota —comentó otro leñador, en voz casi imperceptible, acercándose furtivamente y poniéndole una mano en la pierna a Zoyd.

—Aparte de que —prosiguió Buster, imperturbable, aunque ahora con los ojos fijos en la mano sobre la pierna— ya es tu *modus operandi*, tirarte por las ventanas, si empiezas con otra cosa a estas alturas, obligando al Estado a cambiar tu expediente en la computadora, no te vas a granjear su simpatía. «Ajá, con que rebelde» dirán, y pronto te encontrarás con que los cheques te llegan cada vez más tarde, incluso se pierden en el correo, y oye, Lemay, buen hombre, majete, vamos a echar un vistazo a la palma de esa mano aquí arriba en el bar un minuto. Porque te voy a leer la fortuna, qué te parece —apartando con un extraño y jovial magnetismo la mano del leñador, que habría estado igual de contenta

metida en forma de puño en el culo de la pierna del para entonces mentalmente paralizado Zoyd, o Cheryl, como él (al parecer) encaprichado Lemay insistía en llamarle—. Vas a tener una vida muy larga —dijo Buster, mirando a Lemay a la cara, no a la mano—, gracias a tu sentido común y a tu comprensión de la realidad. Son cinco pavos.

—¿Qué?

—Bueno... si prefieres convídanos a una ronda. Este Zoyd tiene ahora un aspecto un poco raro, pero trabaja para el gobierno.

—¡Lo sabía! —exclamó Lemay—. ¡Agente secreto!

—Asuntos de locos —musitó Zoyd, confidencialmente.

—Oh. Bueno... también parece un trabajo interesante...

En ese momento sonó el teléfono, y era para Zoyd. Su colega, Van Meter, muy agitado, llamaba desde el Cucumber Lounge, una conocida cantina de carretera del condado de Vineland.

—Tengo seis equipos móviles de televisión esperando, red de la ciudad, además de paramédicos y un camión-cantina, todos preguntándose dónde estás.

—Aquí. Me acabas de llamar, ¿recuerdas?

—Ajá. Tienes razón. Pero se suponía que hoy tenías que saltar por el escaparate del Cuke.

—¡No! Llamé a todo el mundo y les dije que era aquí arriba. ¿Qué ha pasado?

—Alguien dijo que cambiaron el programa.

—Mierda. Sabía que algún día este asunto me iba a venir grande.

—Mejor será que vuelvas —dijo Van Meter.

Zoyd colgó, metió la sierra de vuelta en la bolsa,

apuró la cerveza e hizo mutis, lanzando al aire generosos besos de revista musical y recordando a todo el mundo que no dejara de ver el telediario de la noche.

Los terrenos del Cucumber Lounge se prolongaban desde la cantina misma, iluminada con tubos de neón y de notable mala fama, hacia unos pocos acres de bosque de secuoyas virgen. Achicadas y sombreadas por los enormes y oscuros árboles rojos había dos docenas de cabañas de motel, con cocinas de leña, porches, barbacoas, camas de agua y televisión por cable. En los breves veranos de la costa norte eran para turistas y viajeros, pero durante el lluvioso resto del año los ocupantes eran por lo general locales y pagaban por semanas. Las cocinas de leña servían para hervir, freír e incluso asar un poco, y algunas de las cabañas tenían también cocinillas de butano, de modo que entre el humo de la madera y la austera fragancia de los árboles, en la vecindad olía a cocina todo el día.

El solar donde Zoyd trató de encontrar un sitio para aparcar nunca se había pavimentado, y el clima local llevaba años escribiendo barrancos sobre él. A la sazón disfrutaba de una visita de los medios de comunicación, más un equipo de vehículos de polis, estatales y del condado, que encendían las luces y tocaban el tema de «Peligro» con las sirenas. Equipos móviles, luces, cables, cuadrillas por todas partes, incluso un par de emisoras de la zona de la bahía. Zoyd empezó a ponerse nervioso.

«Tal vez debería haber encontrado algo barato que serrar en lo de Buster», murmuró. Finalmente tuvo que salir marcha atrás y aparcar en uno de los espacios de Van Meter. Su viejo bajista y compañero de enredos

llevaba años allí instalado, en lo que él seguía describiendo como una comuna, con un sorprendente número de novias actuales y exnovias, novios de exnovias, niños de combinaciones de padres presentes y ausentes, además de personajes diversos procedentes de la noche. Zoyd había visto programas televisivos sobre Japón en los que salían sitios como Tokio donde la gente estaba increíblemente apelonada pero donde todo el mundo se llevaba bien, a pesar de la congestión, debido a que en el curso de la historia todos habían aprendido a comportarse con urbanidad. Así que cuando Van Meter, eterno buscador de significados, se mudó a la cabaña del Cucumber Lounge, Zoyd había puesto su esperanza en algo de serenidad al estilo japonés como efecto secundario, pero no hubo suerte. En vez de una discreta solución para tanta ebullición, la «comuna» optó por una solución enérgica: reñir. Implacable y alta en decibelios, era una reyerta elevada al nivel de ceremonia, que pronto generó su propio boletín doméstico, la *Blind-Side Gazette*, una reyerta que llegaba incluso a los oídos de los conductores de los camiones de dieciocho ruedas lanzados a toda velocidad, algunos de los cuales atribuían el ruido al mal funcionamiento de la radio, y otros a fantasmas inquietos.

Por la esquina del Cuke apareció entonces Van Meter, con su distintiva expresión, Probidad Herida, en el rostro.

—¿Estás listo? Nos vamos a quedar sin luz, la niebla se nos echará encima en cualquier momento, ¿qué demonios hacías allá arriba en el Log Jam?

—No, Van Meter... ¿Por qué está todo el mundo aquí en vez de allí?

Entraron por la puerta de atrás, Van Meter frunciendo y desfrunciendo el ceño.

—Supongo que ahora que estás aquí puedo decírtelo, acaba de aparecer ese viejo camarada tuyo.

Zoyd empezó a sudar y sintió una de esas palpitaciones de miedo que sentía como ganas inmediatas de cagar. ¿Era percepción extrasensorial o sólo estaba reaccionando al tono de la voz de su amigo? De alguna manera sabía quién iba a ser. Ahora que necesitaba toda su concentración para atravesar otra ventana, tenía que preocuparse por ese visitante venido de tiempos pasados. Y en efecto, resultó ser el constante perseguidor de Zoyd, Héctor Zúñiga, agente de campo de la DEA, el organismo para la represión del tráfico de drogas, de vuelta una vez más, como un errático corneta federal que en cada visita a la órbita de Zoyd aportaba nuevas formas de mala suerte y funesta influencia. Esta vez, sin embargo, había tardado mucho en aparecer, tanto que Zoyd había concebido la esperanza de que el tipo hubiera encontrado otra víctima y desaparecido para siempre. Sigue soñando, Zoyd. Héctor estaba de pie al lado de los servicios, fingiendo jugar en una máquina Zaxxon, pero en realidad esperando a que volvieran a presentarle, honor que al parecer recaía en el director del Cuke, Ralph Wayvone, Jr., caballero que vivía del dinero que le mandaban de San Francisco, donde su padre era un personaje de cierta importancia por el éxito obtenido en esferas comerciales donde una mayoría abrumadora de las transacciones se realiza en dinero efectivo. Ralph Jr. estaba hoy bien alindongado en un traje de Cerruti, camisa blanca con gemelos, zapatos de doble suela tócalos-y-te-mato de algún punto de ultramar; no le faltaba nada. Como todos los que andaban por allí, parecía más nervioso de lo normal.

—Oye, Ralph, ánimo, soy yo quien tiene que hacer todo el trabajo.

—Ahhh... mi hermana se casa el fin de semana que viene, el conjunto acaba de disolverse, soy el coordinador social, se supone que tengo que encontrar un sustituto, ¿comprendes? ¿Sabes de alguien?

—Sí, tal vez... mejor no la jodas esta vez, Ralph, ya sabes lo que ocurriría.

—Siempre de broma, ¿eh? Bueno, te voy a enseñar la ventana que vas a usar. ¿Quieres que les pida que te den una copa o algo? Oh, por cierto, Zoyd, ha llegado un viejo amigo tuyo, viene de lejos para desearte suerte.

—Ya, ya. —Entrelazó por un instante brevísimo su dedo gordo con el de Héctor.

—Me encanta tu vestido, Wheeler.

Zoyd alargó el brazo, con la precaución de un desactivador de explosivos, para dar unos golpecitos en el estómago de Héctor.

—Parece que has estado «moviendo el bigote» un poquito, viejo.

—Más grande, no más blando, oye. Y hablando de comer, ¿qué te parece mañana en Vineland Lanes?

—No puedo, estoy tratando de sacar dinero para pagar la renta y ando retrasado.

—Es im-por-tan-te —canturreó Héctor—. Míralo de esta forma. Si puedo probarte que sigo siendo un forajido tan malvado como de costumbre, ¿me dejarás que te invite a almorzar?

—Tan malvado como... —¿Cómo qué? ¿Por qué caía Zoyd, una y otra vez, en esas untuosas trampas hectorianas? Incómodo era lo menos que había salido de ellas—. Héctor, somos demasiado viejos para eso.

—Después de todas las sonrisas, y de todas las lágrimas...

—Vale, para ya, de acuerdo... Tú serás malvado, yo

iré a almorzar, pero por favor ahora mismo tengo que saltar a través de esta ventana. Si no te importa dame unos segundos...

El personal de producción murmuraba en sus intercomunicadores, a través de la ominosa ventana se veía a los técnicos blandiendo fotómetros y comprobando niveles de sonido exterior mientras Zoyd, respirando regularmente, repetía en silencio un mantra que Van Meter, el año pasado, a finales de su fase de yoga y alegando que le había costado 100 dólares, le había colocado por un billete de 20 sobre el que Zoyd nunca tuvo realmente facultades discrecionales. Finalmente todo quedó preparado. Van Meter saludó con la mano al estilo vulcano de mister Spock:

—¿Listo cuando tú lo estés, Z Dubya!

Zoyd se contempló en el espejo de detrás de la barra, se sacudió el cabello, se volvió, se preparó y, con la mente vacía, corrió hacia la ventana y la atravesó con estruendo. En el momento mismo en que hizo contacto con ella notó que pasaba algo raro. No hubo prácticamente impacto, y el sonido y la sensación eran distintos, sin elasticidad ni resonancia, sin volumen, sólo una especie de fino y apagado astillamiento.

Tras complacer a todas y cada una de las cámaras de noticias embistiéndolas con rostro enloquecido, y una vez que la policía terminó el papeleo, Zoyd vio a Héctor acurrucado delante de la ventana destruida, entre los restos relucientes, con un brillante polígono de cristal dentado en la mano.

—Es la hora del malvado —exclamó, exhibiendo la desagradable sonrisa que Zoyd conocía desde hacía mucho tiempo—. ¿Estás listo? —Moviendo bruscamente la cabeza, como una serpiente, dio un gran mor-

disco al cristal. «Copón», pensó Zoyd, helado, «ha perdido el juicio»... no, parece que no, Héctor, por el contrario, estaba masticando, aplastando y babeando, con la misma sonrisa maligna, musitando «¡Mmm-mm!» y «¡Qué rico, qué sabroso!».\* Van Meter salió corriendo detrás de un camión de paramédicos chillando «¡Ambulancia!», pero Zoyd había caído, en cuestiones de comunicación no era un pardillo, leía *Teleguía* y acababa de recordar un artículo sobre ventanas trucadas hechas de hojas de caramelo transparente, que se rompían pero no cortaban. Por eso le había dado una sensación tan rara... El joven Wayvone había quitado la ventana normal y la había sustituido por una de azúcar.

—Engañado otra vez, Héctor, gracias.

Pero Héctor ya había desaparecido en un gran sedán gris con matrícula oficial. Los postreros componentes de los equipos de noticias estaban sacando las últimas fotos de ubicación del Cuke y su famoso cartel giratorio, que Ralph Jr. encendió encantado antes de tiempo, un enorme pepino de neón verde con verrugas destellantes dispuesto en un ángulo que lograba expresar, con exactitud de uno o dos grados, una cierta vulgaridad. ¿Tenía Zoyd que presentarse al día siguiente en la bolera? Técnicamente, no. Pero en los ojos del federal había un destello que Zoyd seguía viendo, a través del cristal polarizador del vehículo, incluso mientras la niebla nocturna envolvía la gran berma y avanzaba hacia la 101 y el coche que llevaba a Héctor se introducía en ella. Zoyd barruntó que querían engatusarle

\* En castellano en el original. (N. del T.)

con él otra vez. Héctor llevaba años intentando reiteradamente utilizarlo como recurso, y hasta el momento —técnicamente— Zoyd había conservado la virginidad. Pero el muy cabroncete no renunciaba. Volvía y volvía, cada vez con un plan nuevo y más enloquecido, y Zoyd sabía que un día, sólo para que le dejara en paz, se diría «olvidalo» y se pasaría al enemigo. El problema era si sería esta vez o una de las próximas. ¿Debía esperar una vuelta más? Era como estar en *La rueda de la Fortuna*, sólo que sin las amistosas vibraciones de un Pat Sajak para consolarse, sin la bronceada y hermosa Vanna White en un extremo del campo visual para animar la Rueda, para desearle lo mejor, para descubrir una por una las letras de un mensaje que de todas formas sabía que no quería leer.